

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

EL DUQUE DE RIVAS

*Free*editorial 

Romance Primero

Los toros

Está en la Plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su rey Felipe Cuarto.
Éste ocupa, con la reina 5
y los jefes de palacio,
el regio balcón vestido
de tapices y brocados.
En los otros, que hermocean
reposteros y damascos, 10
los grandes, con sus señoras
y los nobles cortesanos,
ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros 15
llenán los segundos altos,
y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardín do a impulso del viento
ondean colores varios. 20
Ante la Panadería,
del balcón del rey debajo,
y de espalda a la barrera,
en la arena del estadio,
la guardia tudesca en ala, 25
parece un muro de paño
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,
sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos, 30
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo;
los alguaciles de Corte
con sus varas en la mano,
a la jineta en rocines, 35
están en fila a los lados.
El rey, la reina, los grandes,

las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo y cuantos 40
en la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero a caballo.

* * *

Vese en medio de la arena, 45
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,
con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el más bravo 50
retinto, a quien dio Jarama
hierba encantada en sus campos.

Aún no estrenó la almohadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno ni ha embestido 55
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
y moribundos caballos
se ostenta como el guerrero
que se corona de lauro, 60
entre rendidos pendones,
sobre muros derribados;
del genio del exterminio
parece emblema y retrato.

* * *

En un tordillo fogoso, 65
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos;

que, desdeñoso, la tierra
hiere a compás con los cascos; 70

que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,
de felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje 75

de oro y seda roja, y lazos
en el codón y en las crines
soberbio ostenta y ufano,
a combatir con el toro
sale aquel señor gallardo, 80
Viste una capa y ropilla
de terciopelo más blanco
que la nieve, de oro y perlas
trencillas y pasamanos;
las cuchilladas, aforros, 85
vueltas y faja, de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes datilados,
valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros 90
en su pecho los rubíes
de la cruz de Santiago.
Un sombrero, con cintillo
de diamantes sujetando
seis blancas gentiles plumas, 95
corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de a palmo. 100
Acompáñanle dos pajes
a pie, de uno y otro lado;
y llevan las rojas capas,
prontas al lance, en la mano;
síguenle sus escuderos 105
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.
* * *
Puesto en medio de la plaza
personaje tan bizarro, 110
saluda al rey y a la reina
con gentil desembarazo.
Aquél, serio, corresponde;
ésta muestra sobresalto,

mientras el concurso inmenso	115
prorrumpe en vivas y aplausos.	
Era el gran don Juan de Tarsis,	
caballero cortesano,	
conde de Villamediana,	
de Madrid y España encanto	120
por su esclarecido ingenio,	
por su generoso trato,	
por su gallarda presencia,	
por su discreción y fausto.	
Gran favor se le supone,	125
aunque secreto, en palacio,	
pues susurran malas lenguas...	
pero mejor es dejarlo.	
De todos y todas dicen,	
y es poner puertas al campo	130
querer de los maliciosos	
sellar los ojos y labios.	
* * *	
Valiente Villamediana,	
cortas las riendas y bajo	
del rejoncillo el acero,	135
vase al toro paso a paso.	
Éste cabecea, bufa,	
la tierra escarba, marrajo,	
y espera instante oportuno	
en que partir como el rayo.	140
El paje de la derecha	
con grande soltura y garbo	
a la fiera irrita y llama,	
la capa ante ella ondeando.	
Embiste, pues; el jinete	145
tuerce el bridón, de soslayo	
pasa el toro, el otro paje	
con la capa hace un engaño,	
y lo revuelve, y de nuevo	
lo para. Determinado,	150
le hostiga de frente el conde;	
torna a embestir rebramando	
el jarameño; parece	

que caballero y caballo
van a volar a las nubes, 155
cuando de la fiera intactos,
en primorosas corvetas,
se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzado, 160
y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado
medio rejón aparece, 165
que el otro medio, en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios, 170
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos;
y, «¡Viva!», el pueblo repite,
y los caballeros «¡Bravo!»,
y «¡Qué galán!», las mujeres, 175
haciendo lenguas las manos.
La reina, que, sin aliento,
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve ansiosa, respirando; 180
«¡Qué bien pica el conde!», dice,
y, «¡Muy bien!», los cortesanos
repiten. El rey responde:
«Bien pica, pero muy alto.»
Y en el rostro de la reina 185
clavó los ojos un rato.
Éste demudóse, y todos
los señores de palacio,
en quienes opinión propia
fuera un peregrino hallazgo, 190
repitieron, no sabiendo
lo que decían acaso,
y de entrambas majestades

queriendo seguir el rastro:
 «Pica muy bien; mas debiera
 haber picado más bajo.» 195
 * * *

Dos toros más se corrieron,
 en que caballeros varios,
 con gala y con valentía,
 gran destreza demostraron; 200
 mas es pretender lucirlo
 después del conde gallardo,
 exceso del amor propio,
 cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto mediodía 205
 las campanas avisaron
 de Santa Cruz en la torre.
 En su carroza a palacio
 retiráronse los reyes,
 tras ellos los cortesanos, 210
 y aquel inmenso gentío,
 la plaza desocupando,
 se apiñó en arcos y puertas,
 haciendo un todo compacto,
 que por las primeras calles 215
 rompió, que luego en pedazos
 por otras más dividióse,
 después en grupos, que al cabo
 reducidos a familias,
 muy pronto se dispersaron. 220
 Tal vez, así se desagua
 un artificial pantano,
 cuando se abren las compuertas
 del malecón, y apretados
 torrentes por ellas salen, 225
 que luego en arroyos varios
 se dividen, y se pierden
 finalmente por los campos.

Romance Segundo

Las máscaras y cañas

Siguió el festejo a la tarde, y llenóse la gran plaza con el pueblo y con la Corte, cual lo estuvo la mañana.	230
Magníficas son las fiestas que la regia villa paga para celebrar el nombre del poderoso monarca.	235
De clarines y timbales al son que asorda las auras, y al de orquestas numerosas que entonan guerrera marcha, en orden y a lento paso, numerosas mascaradas entran por partes distintas y al rey y a la reina acatan.	240
De los reinos diferentes que el reino forman de España, ostenta cada cuadrilla distintivos y antiguallas, arbolando un estandarte con el blasón de sus armas; y de su música propia al compás de las sonatas.	245
Mézclanse ligeras luego, formando mímica danza, en concertado desorden de figuras ensayadas, los cascos y coseletes de la indómita Cantabria, de los fieles castellanos las dobles cueras y calzas; las fulgentes armaduras, de los infanzones gala, del ligero valenciano los zaragüelles y mantas; de chistosos andaluces	255
	260
	265

los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata;
los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas; 270
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas;
de la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas;
los milaneses justillos 275
con las chambergas casacas;
y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas
que el cacique indiano gasta, 280
forman un todo indeciso
que cubre la extensa plaza
de movibles resplandores,
de confusión bigarrada.
Parece que está cubierta 285
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
allí tamboril y gaita, 290
más allá trompas guerreras,
acá sonoras flautas;
las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótalos en el otro; 295
los caracoles de caza
forman estruendo confuso
en que ya el acorde falta,
y que, llenando el espacio,
aún más aturde que halaga. 300
Por fin, terminado el baile,
sepáranse las comparsas,
y hacia lados diferentes,
en orden puestas, descansan.
Y cada una se dirige, 305

según la suerte la llama,
 a saludar a los reyes
 con solemnidad y pausa,
 y doblando la rodilla,
 ofrecen a su monarca 310
 un rico don de productos
 de aquel reino que retratan.
 Despejando luego todas,
 el circo desembarazan
 a los nobles caballeros 315
 que salen a correr cañas.
 * * *

Por la izquierda y la derecha
 a un tiempo entraron, galanas,
 dos diferentes cuadrillas
 que a unirse en el centro marchan. 320
 Compónese cada una,
 compitiendo en garbo y gala,
 de doce nobles jinetes
 que de dos en dos avanzan.
 El conde de Orgaz, mancebo 325
 de gentileza y de gracia,
 es caudillo de la una;
 de la otra es Villamediana.
 Aquél, en caballo negro,
 enjaezado de plata, 330
 de terciopelo amarillo
 con celestes cuchilladas,
 vestido sale: figura
 con argentinas escamas
 peto y espaldar, y azules 335
 lleva plumas y gualdrapa.
 Éste, en un caballo blanco,
 cuya crin el oro enlaza,
 ostenta un rico vestido
 de terciopelo escarlata; 340
 el arnés, de hojuelas de oro
 y de rica seda blanca;
 con brillantes bordaduras
 los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas 345
 hacia el regio balcón ambas,
 al paso, la pista siguen
 de los jefes que las mandan;
 y el concurso, en gran silencio,
 curioso la vista clava 350
 de los dos gallardos condes
 en las brillantes adargas;
 pues logrando de discretos
 y de enamorados fama,
 interesa a todo el mundo 355
 ver las empresas que sacan.
 Es la de Orgaz una hoguera,
 de la que el vuelo levanta
 el fénix con este mote:
 «Me da vida quien me abrasa» 360
 Un letrero solamente
 es la de Villamediana
 que dice: «Son mis amores...»,
 y luego reales de plata,
 puestos cual si fueran letras, 365
 con que aquel renglón acaba.
 La empresa de Orgaz la entienden
 todos, y aciertan la llama
 que le da vida y le quema.
 La del de Villamediana 370
 despierta más confusiones,
 aunque es en verdad bien clara.
 Propensión funesta tiene
 el joven galán que alcanza
 favores de una señora 375
 a la par hermosa y alta,
 de publicarlos al punto
 y de sacarlos a plaza;
 vanidad de enamorados
 que en peligros no repara. 380
 Muchos el sentido entienden
 que las monedas declaran;
 mas por miedo disimulan
 y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan 385
los cascos por descifrarla:
«Son mis amores dinero»,
repiten; pero no cuadra
con el carácter del conde
esta explicación villana. 390
«Mis amores efectivos
son», dicen otros. ¡Bobada!
Velasquillo el contrahecho,
enano y bufón que alcanza,
no sin despertar envidia, 395
gran favor con el monarca,
a disgusto de los grandes,
en el balcón regio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia. 400
Y, o por faltarle su astucia
entonces, o porque trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba,
o porque ve de mal ojo 405
al noble Villamediana,
o por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia,
dijo: «Ta, ta; ya comprendo
lo que dice aquella adarga: 410
Son mis amores reales»,
y soltó la carcajada.
Trémulo el rey y amarillo,
y conteniendo la saña:
«Pues yo se los haré cuartos», 415
respondió al punto en voz baja.
Lo oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma. 420
* * *

Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas

leves quebradizas cañas, se embistieron... Imposible	425
es ya que encuentre palabras con que describir la fiesta: mi atención la reina embarga.	
¡Pobre señora! Tampoco merece versos y fama	430
tal diversión, ya reflejo débil, copia degradada de las justas que ha dos siglos los caballeros usaban	
con gloria; que nunca gloria	435
en donde hay peligro falta, y en que las picas de guerra dobles petos abollaban; no los juncos inocentes sedas, brocados y holandas.	440

Romance Tercero

El sarao

Mientras que la monarquía se desmorona, y el borde toca de una sima horrenda, duermen en pueriles goces, entre placeres se aturden,	445
deleites sólo conocen, sin cuidarse del peligro el rey de España y sus nobles. Así una casa se quema, así desdichas atroces	450
sobre una infeliz familia el ciego Destino pone; y en tanto el imbécil ríe, duerme el embriagado joven, y el niño con sus juguetes	455
es el más feliz del orbe. Si alegre fue todo el día con públicas diversiones,	

con saraos y luminarias
no lo fue menos la noche: 460
el pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.
En las plazas principales 465
suenan músicas acordes,
y farsas se representan
del rey celebrando el nombre.

* * *

Del palacio del Retiro
llenos están los salones 470
de todo el fausto y la gala
que son honra de la Corte.
En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan 475
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe
y rastros de luz envía
a las celestes regiones; 480
de los rayos que le lanzan
los nublados tronadores,
dijérase que en la tierra
se estaban vengando entonces.

Varias encendidas ruedas, 485
girando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles;
mas pronto en huecos tronidos
de humo blanco, alzando un monte, 490
se disipa, y desaparece

aquel gigantón enorme
de luz, que ofuscó los astros
y que deslumbró a la Corte,
como trasunto o emblema 495
del orgullo de los hombres.

* * *

En el salón de los reinos,
 donde el trono de dos orbes
 de oro y terciopelo estriba
 en colosales leones, 500
 el rey está con las damas,
 la reina con los señores,
 y chocolate, y conservas,
 y helados pasan en orden,
 en mancerinas de oro 505
 y en bandejas, cuyos bordes
 lucientes piedras adornan
 en caprichosas labores.
 Enseguida se bailaron,
 al compás de alegres sonos, 510
 las folías y chaconas,
 y aun zarabandas innobles.
 De cada señora al lado
 sitio un caballero escoge,
 y en un cojín para hablarle 515
 la rodilla izquierda pone.
 Allí, en animados grupos,
 lo más rico y lo más noble
 de Madrid y España asiste,
 y extranjeros de alto porte. 520
 Estaban, pues... ¿De qué sirve
 que el tiempo perdamos nombres
 ya olvidados repitiendo,
 y que alcanzaron entonces
 boga por riqueza y sangre, 525
 mas que hoy ya nadie conoce?
 De conocidos hablemos,
 de amigos nuestros, de hombres
 que aun los vemos y tratamos,
 aunque ha dos siglos que esconde 530
 sus cenizas el sepulcro,
 sima que todo lo sorbe.
 * * *
 En un lado de la sala
 estaba el famoso Lope,
 el Fénix de los ingenios, 535

con el cabello y bigote
 blancos como pura nieve;
 y al través se reconoce
 de sus clericales ropas
 que fue guerrero de joven. 540
 La insignia adorna su pecho
 de la hospitalaria Orden,
 y el fuego brilla en sus ojos
 que hace a los mortales dioses.
 Con él habla un caballero, 545
 cabeza gorda, deformes
 los pies, de negro azabache
 melena y barba, mas noble
 aspecto; diciendo chistes
 está, y resuenan conformes 550
 carcajadas y aun aplausos,
 en cuantos hablar le oyen.
 Es don Francisco Quevedo,
 a quien un clérigo torpe
 ya por la edad, ceceando 555
 y con malicias responde.
 Ser él tal pronto se advierte
 don Luis Góngora y Argote,
 del nuevo estilo de moda
 inventor, columna y norte. 560
 El padre Paravicino,
 que de sabio alto renombre
 goza, y a Madrid encanta
 por sus peinados sermones,
 también es del corro; y luego 565
 en él ufano ingirióse,
 aún tan niño que en sus labios
 ni bozo se ve que asome,
 don Esteban de Villegas,
 español Anacreonte, 570
 en versos cortos divino,
 insufrible en los mayores.
 En una pausa del baile,
 de Villamediana el conde,
 que ha danzado con la reina, 575

alargó la mano a Lope,
 y como ingenio de marca
 entre los otros mostróse.
 Acaba de publicarse
 su poema de *Faetonte*, 580
 en aquel tiempo un prodigio,
 que hoy tiene apenas lectores;
 obra de perverso gusto
 y de hinchados clausulones.
 Góngora, que, envanecido, 585
 un adepto de alto nombre
 ve en tan claro personaje,
 sus encomios prodigóle.
 Y todos lo celebraban,
 aunque yo decir no ose 590
 si sus versos aplaudían
 o su favor en la Corte.
 Don Francisco Manuel Melo,
 en quien se juntan los dotes
 de historiador y poeta 595
 con los bélicos blasones,
 allí está, aunque taciturno;
 sin duda, abriga temores
 de que el duque de Braganza
 su osado intento no logre. 600
 El gran don Diego Velázquez,
 de pinceles españoles
 gloria, también conversaba
 con tan famosos autores;
 pero lo que dicen ellos 605
 parece que apenas oye,
 porque de Rubens los cuadros
 con gran encanto recorre;
 y en aquel retrato ecuestre
 del emperador, en donde 610
 apuró Ticiano el arte,
 los ojos árabes pone.
 * * *
 También el rey un momento
 afable al corro acercóse,

hablando de una comedia 615
que salió al público entonces,
y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque, por cierto,
era un disparate enorme, 620
todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo
no hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala, 625
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble,
el conde-duque; se llegan
los grandes y embajadores 630
para hablarle; el rey Felipe
con gran cariño le acoge;
y con él, y con el nuncio
y un milanés enredóse
en importante coloquio, 635
que su atención regia absorbe.
* * *

La reina, que en gallardía
a todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles, 640
en Villamediana tuvo
clavados toda la noche,
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores
extranjeros en consulta, 645
que ha de ser larga supone
la conversación, notando
que hay vivas contestaciones.
Más atenta al conde mira,
le hace una seña, y, veloce, 650
aunque con gran disimulo,
de la sala retiróse,
de una danza numerosa

que empezó la gente joven
a enredar, aprovechando 655
la confusión y el desorden.
Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la más pequeña conocen. 660
Pero no son ellos solos;
también, ¡ay!, de ellas se imponen
los celosos...; el monarca
la señal fatal recoge.
A salir Villamediana 665
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salón, cuando turbóle
el ver al rey furibundo,
que con miradas atroces, 670
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
ni a dar un paso atrevióse,
y trabó, disimulando, 675
un altercado con Lope.

Romance Cuarto

Final

En aquella galería,
adornada de arabescos
y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos, 680
y cuya baranda rica
daba hacia el jardín pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo,
sin más luz que la que esparce 685
la luna en mitad del cielo,
esperando a alguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
 y de la orquesta el estruendo, 690
 que los salones ocupa,
 oye resonar de lejos;
 y, aunque sabe que notada
 ha de ser su ausencia presto,
 por dar al conde un aviso 695
 atropella todo riesgo.
 Siglos los instantes juzga
 con mortal desasosiego,
 y en el barandal dorado
 palpitante apoya el pecho. 700
 Mira al ecuestre coloso,
 inmóvil, oscuro, enhiesto,
 entre laureles y murtas,
 y tiembla, ¡infelice!, al verlo.
 Alza a la pálida luna 705
 los ojos de llanto llenos,
 y se extravía su mente
 por precipicios horrendos.
 * * *
 Sin rumor y de puntillas,
 como fantasma o espectro, 710
 en el corredor entróse
 la parte oscura siguiendo,
 un hombre embozado; llega
 por detrás, en gran silencio,
 a la reina, que, de espaldas 715
 estando, no pudo verlo,
 y le tapa el noble rostro
 con dos manos como hielo;
 pero delicadas manos
 que agita un temblor ligero. 720
 ¿Quién pudiera aproximarse
 a dama de tal respeto
 sino el amante dichoso
 con tal inocente juego?
 Así lo pensó ella misma, 725
 pues, aunque al primer momento
 de sorpresa lanzó un grito,

pronto sobre sí volviendo:
 «Déjame, conde -prorrumpe
 con dulces lánguidos ecos-; 730
 no es esta ocasión de burlas,
 pues es de infortunios tiempo.
 »Déjame y escucha, conde.»
 Libre la dejan en esto
 las manos que la cegaban, 735
 y se encuentra sola, ¡cielos!,
 con su marido, que arroja
 por los ojos rabia y fuego.
 Queda la infeliz difunta;
 mas tienen el privilegio 740
 las hembras del disimulo,
 y en los críticos encuentros
 mucha mayor agudeza
 que el hombre de más ingenio.
 Al oír el que el rey pregunta 745
 con voz como voz de infierno,
 «¿Yo conde?... ¿Yo?» En si tornando
 la reina, responde presto:
 «Sí, señor; de Barcelona...
 Y se complace mi pecho 750
 con tal título, afirmado
 con vuestro poder y esfuerzo,
 »después que habéis reprimido
 la rebelión de aquel pueblo». 755
 Quedó pasmado el monarca.
 «Discreta sois por extremo,
 -repuso, y tras pausa leve-:
 Mas ¿qué infortunios tenemos?»
 Ya alentada la señora,
 pues siempre el paso primero 760
 es el trabajoso, dijo:
 «No faltan, señor, por cierto;
 dígalos Flandes perdida,
 y de Nápoles los reinos,
 »donde un ambicioso intenta 765
 arrebatarlos el cetro;
 o Milán, donde la peste

está tanto estrago haciendo;
 »y Portugal vacilante,
 do traidores encubiertos...» 770
 Aquí atajóla Filipo
 con voz de lejano trueno:
 «Basta, pues, basta, señora;
 sois francesa, bien lo veo;
 tenéis interés muy grande 775
 en mi honor y en del del reino.»
 «Veréis que uno y otro al punto
 para aquietaros sostengo,
 y que lavaré con sangre
 la mancha que advierta en ellos.» 780
 Calló, y una atroz mirada
 con el rostro descompuesto,
 que pareció más terrible
 de la luna a los reflejos,
 clavó en la reina; mirada 785
 que destrozó aguda el seno
 de la infeliz, pues temblando,
 cayó sin sentido al suelo.
 * * *
 Como sin rumor ninguno
 vuela o se deshace un sueño 790
 desapareció el monarca;
 fue a su cámara en silencio,
 tocó un silbato de oro,
 que tuvo mágico efecto,
 pues salió de los tapices, 795
 al silbido obedeciendo,
 por una encubierta entrada,
 un humilde balletero,
 cual espíritu maligno
 que al conjuro está sujeto. 800
 Era el favorito oculto
 del rey; ambos un momento
 hablaron con tal sigilo,
 que el labio apenas movieron.
 Sólo al irse el confidente 805
 se oyó decir al rey esto:

«Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto.»

* * *

Al sarao y a los salones
tornó Filipo muy presto; 810

aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,
volvió a hablar al conde-duque,
el cual, como astuto y diestro,
que su señor encubría 815

conoció cuidados nuevos;
al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho
la reina indispuesta estaba,
y se dio fin al festejo. 820

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y a la confusión festiva
el más profundo silencio.

Los cortesanos al punto 825
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo;
y a vaciarse los salones

comenzaron del inmenso 830
concurso, que los llenaba
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda 835

al monarca con respeto,
y éste con una sonrisa
lo deja aterrado y yerto,
mientras afable despide
a los otros palaciegos. 840

* * *

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,

penetra la muchedumbre, 845
le hace señas desde lejos;
al fin le alcanza, va a hablarle,
un papel lleva encubierto;
cuando se para y se huela,
al rey de repente viendo; 850
tal queda liebre cobarde
de la serpiente el aspecto.
El gran tropel que descende
las escaleras, violento
arrastra a Villamediana, 855
que va delirante y ciego.
Su carroza no parece...;
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles
(que aún no estaban cual las vemos, 860
alumbradas con faroles)
veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
una voz «¡Conde!» El cochero
para al punto los caballos; 865
pregunta Orgaz desde dentro:
«A cuál de los dos?» De fuera:
«Villamediana», dijeron.
Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero 870
de la reina quien lo llama,
sacó la cabeza y pecho;
y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que a la espalda 875
asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto. 880